

# La vida después de la muerte

José Luis Vázquez Borau

Profesor de Bachillerato.

Miembro del Instituto E. Mounier.

**H**ablar de la muerte es casi un tema tabú. Pero lo que-ramos o no es una realidad que está ahí. Frente a ella caben muchísimas posturas, y, según sea el posicionamiento respecto a ella, así será la manera de concebir la vida. Podríamos decir que toda la historia del pensamiento es un discurrir sobre esta realidad aunque de ella ni se hable. Así pues, según sea nuestra relación con este hecho, desde una aceptación de la muerte como un fenómeno físico, hasta una relación afectuosa con la «hermana muerte», como la llamaba Francisco de Asís; así también será nuestra propia concepción de la vida y de nuestro vivir.

El esfuerzo por conseguir que adquiera su verdadero significado, puede ayudarnos a vivir con mayor plenitud y con mayor autenticidad la vida. Lo queremos o no, como dice François-Xavier Durrwell, «en el ser humano, mientras vive, se aloja la muerte de la que morirá; es un ser para la muerte, tanto si conoce o ignora la razón de esta extraña presencia que lleva en sí, si sabe o ignora de dónde viene, quién es o a dónde va. La muerte constituye un misterio; pero es también la clave de explicación, una clave de sentido o sinrazón que abre o que cierra, según hacia dónde se gire». <sup>1</sup> Si queremos quitarle a la muerte la última palabra, y ven-

cerla con la vida, tenemos que mirarla a la cara, porque muerte y vida van, en realidad, unidas como el agua de un río con el mar. La contemplación de la muerte «cara a cara» confiere a la existencia la dignidad de la persona sabia. El arte de medir nuestro tiempo y de imaginar nuestro fin, nos moldea el corazón en la sensatez.

Es verdad que en nuestra cultura contemporánea es pesimista frente a este tema. Para la filosofía existencialista, morir es algo que se va produciendo en nosotros, paulatina, pero continuamente. Así, la vida es un viaje de la nada a la nada, y por esto, hoy se destierra a la muerte escondiéndola. <sup>2</sup> Tiene esto como contrapartida el valorar el momento presente, viviéndolo responsablemente, teniendo una experiencia similar a la que describe Landsberg: «La muerte de un amigo o de un familiar que amamos con un amor auténtico me revela que el amor que nos une no puede morir con la muerte biológica del individuo; me revela que el prójimo es mucho más que un individuo biológico; sobre todo, me revela algo del misterio de la comunión interpersonal en el amor y de su ser superior a la muerte». <sup>3</sup> A través de esta manifestación, podemos pasar de tener una visión pesimista de la vida, a una

concepción de la existencia, en palabras de Gabriel Marcel, de «ser con los demás en el amor». La muerte sólo puede ser comprendida como algo que forma parte del misterio del amor. Así, si el pensamiento contemporáneo llega a la concepción del «vivir sabiendo morir», para nosotros los cristianos se trata de continuar viviendo la vida más allá de la muerte. Pasar de la muerte a la vida es la constante de la existencia cristiana.

No hay vida futura, sino una sola vida, que es eterna. No se trata de prepararnos para el momento del «gran cambio» que se producirá tras la muerte, sino asumir la consecuencia, el fruto de una opción de vida deliberada. Si bien nuestra mutación es profunda, no se trata de una ruptura total, sino de la transformación de nuestra vida actual. <sup>4</sup> Ni más ni menos que la opción que Cristo nos propone: instaurar «ya» el Reino de Dios en medio de nosotros, estableciendo relaciones gozosas, vivas, estimulantes y alegres, pues sólo lo que hagamos por amor permanece eternamente. Seamos, pues, de inmediato, como queramos ser siempre y descubramos en nosotros el Reino, la semilla de eternidad que nos habita y nos hace participar de lo absoluto, que ya atisbamos en el arte, la oración y el amor.

## DÍA A DÍA

Sean las que sean las circunstancias de la muerte, para el creyente no es solamente el fin de la vida biológica, una especie de estocada que trunca la existencia en el tiempo; en la muerte ocurre algo decisivo para el destino del ser humano. Por esto debemos transformar la muerte, como lo hizo Cristo, en la opción final, cuando se acoge definitivamente a Dios y se pone uno definitivamente en sus manos en un acto de amor total. La muerte es el momento totalizador en que convergen el pasado, el presente y el futuro. La muerte es como una ola que se precipita hacia la profundidad del mar para lanzarse luego hacia arriba hasta la plenitud eterna.

Tenemos que creer que en nuestra muerte están escondidos la meta y el misterio de nuestra vida. Como nos dice G. Lohfink, «en la muerte se abrirá ante nosotros un horizonte infinito, porque nosotros no morimos para sumergirnos en la nada, sino en Dios: entonces es cuando encontraremos definitivamente y para siempre a Dios».<sup>5</sup> Cuando hablamos del *cielo*, no nos referimos a una cierta clase de cosas que allí nos esperan. Sólo hay cosas en este mundo terreno. Cielo significa exclusivamente encuentro con Dios mismo. Y entonces comprenderemos que siempre ha estado enormemente próximo a nosotros, de un modo misterioso;

incluso en los momentos que pensábamos que Él estaba lejos. Entonces conoceremos lo grande y santo que es Dios; infinitamente más grande y más santo que la imagen que de Él nos habíamos formado. Dios aparecerá tan grandioso y santo ante nosotros que sólo con eso colmará todo nuestro pensamiento y todo nuestro ser, definitivamente y para siempre. No se trata de un «descanso eterno», sino de una vida increíble y vertiginosa; un huracán de dicha que nos arrastra hacia el amor y la bienaventuranza de Dios.

Cuando encontremos a Dios en el momento de nuestra muerte, conoceremos, por primera vez, lo que realmente hemos sido. Caerán las máscaras tras las que nos hemos escondido y tendremos que abandonar todos los papeles que hemos desempeñado ante nosotros mismos y ante los demás. Esto será infinitamente doloroso y nos quemará como el fuego. Cuando Dios resplandezca con toda su luz ante nosotros, comprenderemos de golpe lo que nosotros habríamos podido ser y lo que hemos sido en realidad. Este es nuestro *purgatorio*. Y es precisamente entonces cuando saldrá Dios a nuestro encuentro como el padre bondadoso de la parábola;<sup>6</sup> no nos interrogará sobre nuestras culpas y nuestra justicia, sino que nos apretará contra su corazón animado por

una alegría infinita. Esta será la auténtica experiencia de nuestra muerte: el amor, la bondad y la misericordia de Dios.

Dios ha aceptado a la humanidad tan profundamente y la ama tan entrañablemente, que sólo nos quiere encontrar para toda la eternidad, en el Hombre Jesús, donde nos veremos envueltos en el amor infinito de Dios. **A**

### Notas

1. Durrwell, F.-X., *Cristo el hombre y la muerte*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1993, p. 11.
2. Cf. Félix Bellido, J., J., «Hacia la casa del Padre», *Vida Nueva*, 26 de noviembre de 1994, Madrid.
3. Mura, G., «Non abolizione ma adempimento della vita», en *Citta Nuova*, No. 21 (1981), p. 28.
4. «Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad» (1 Cr 15, 53).
5. Cf. «La muerte no es la última palabra» en el libro de G. Lohfink/R. Schnackenburg/A. Vögler/W. Pannenberg, *Pascua y el Hombre Nuevo*, Sal Terrae, colección Alcance No. 29, Santander, 1983.
6. Lc 15, 11-32.